

BOUTET DE MONVEL, LA HARPE Y CARNERERO

GUILLERMO CARNERO

La colección Arturo Sedó del Instituto del Teatro de Barcelona incluye un manuscrito titulado *La Novicia / o / La víctima del Claustro. / Drama Trágico en tres Actos. / Dado a la Escena Española / D. J. M. de C. / Año de 1810*. M.^a del Carmen Simón Palmer¹ asigna la obra a Carnerero, a diferencia de Aguilar Piñal; ² según Ada Coe³ se representó el 7 de julio de 1810. La información básica se halla en el *Isidoro Máiquez* de Cotarelo:

«Empezóse pues el nuevo año [1810] el 1.º de Junio con una obra de las del teatro revolucionario de Francia, el drama *La novicia o la víctima del claustro*, original del cómico Monvel, padre de la famosa Mlle Mars, y traducido por D. José María Carnerero. Es de las peores que hemos leído, al menos en la traducción. Un padre desalmado se empeña contra todos los pareceres de parientes y amigos en que su hija se ha de meter monja, a pesar de los ruegos y lágrimas de esta infeliz. Y todo para acrecer la herencia de un hijo varón, calavera y mal inclinado, a quien le matan en duelo al final de la obra, a la vez que la hija se envenena y muere arrastrando al sepulcro a su novio. El padre (que era un magistrado) se queda tan tranquilo, diciendo que bien a su costa aprendió a no ser tirano.»

1. *Manuscritos dramáticos de los siglos XVIII-XX en la biblioteca del Instituto del Teatro de Barcelona*, Madrid, CSIC, 1979, cuaderno bibliográfico 39, p. 24, núms. 1157 y 1158.

2. *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, vol. II, Madrid, CSIC, 1983, pp. 230-231, donde no se menciona *La Novicia*. En *Cartelera prerromántica sevillana, años 1800-1836*, Madrid, CSIC, 1967, *Cuadernos bibliográficos* 22, p. 35, n.º 914, el autor afirma que se trata de una traducción de *La Harpe* por Carnerero. Ya en la prensa este trabajo, llega a mis manos el artículo de G. Rokiski, «Apuntes bio-bibliográficos de José María de Carnerero», *Cuadernos bibliográficos* 47, CSIC, 1987, pp. 137-155, donde se copia la indicación de Aguilar Piñal.

3. *Catálogo bibliográfico y crítico de las comedias anunciadas en los periódicos de Madrid desde 1661 hasta 1819*, Baltimore, Johns Hopkins & Londres, H. Milford & Oxford U. P. & París, Belles Lettres, 1935, p. 168.

El comentario de Cotarelo acerca de los valores estéticos de *La Novicia* me parece impertinente en un historiador; aunque es cierto que la confesión final del padre es torpe, excesivamente escueta e innecesaria, la obra está dignamente escrita y bien estructurada, y mantiene constantemente el interés. El resumen del argumento que hemos leído es inexacto en lo tocante a la muerte del novio, y aventurada la afirmación de que se trate de una traducción de Monvel. Cotarelo añade la noticia de que la obra se imprimió en Valencia, 1820, por Mompié, con el título de *La novicia o la víctima del claustro. Tragedia en tres actos*.⁴ La vacilación en el título que observamos entre manuscrito e impresión es un excelente síntoma de la novedad que suponía la *tragedia burguesa* en relación a la preceptiva neoclásica.

Esa versión impresa se encuentra igualmente en la citada colección del Instituto del Teatro de Barcelona (quiero dejar aquí constancia de mi agradecimiento a la Srta. Ana Vázquez, su bibliotecaria, por haberme proporcionado fotocopia del manuscrito y de la edición de 1820). Se lee en la portada: *La Novicia / o / Víctima del Claustro. / Tragedia en tres actos. / Valencia. / Imprenta de Domingo y Mompié. / Año 1820. Tiene 59 pp. más una en blanco y cuatro de catálogo de comedias.*

Las variantes no son de consideración. Han desaparecido siete versos del manuscrito y se ha modificado el 21,40 % de los del primer acto, el 12,60 % de los del segundo y el 5,7 % de los del tercero. Se han añadido algunas acotaciones («con vehemencia», «con mayor vehemencia», p. 36; «extremo de desesperación», p. 37, por ejemplo) y se ha suprimido una («Don Carlos, que ha presenciado la escena con cierta agitación, dice, no pudiéndose ya contener», 31 r.). Todas las correcciones del texto obedecen al deseo de mejorar el estilo, con dos excepciones. En 23 r., v. 4, leemos «el lúgubre aparato», lo que se convierte en «el momento fatal» en p. 26, v. 6: un intento, sin duda, de evitar que algún puntilloso pudiera adivinar en la obra propósitos anticlericales. Los versos 12 a 17 de 27 v. se corrigen en 17 a 22 de p. 32, dando a entender que las esperanzas de 1810 se han visto colmadas al instaurarse el Trienio Liberal:

«De Dios el brazo se alzaré, y los hombres,
de tan ciegos errores combencidos,
vendecirán la mano de un Gobierno
humano, justo, religioso y pío
que la sagrada religión respete
y que arranque la venda al fanatismo.»

(Ms.)

4. E. Cotalero y Mori, *Isidoro Máiquez y el teatro de su tiempo*, Madrid, Impta. J. Perales y Martínez, 1902, pp. 306-307.

«De Dios el brazo ya se alzó, y los hombres,
de tan ciegos errores convencidos,
bendicen ya la mano de un gobierno
humano, justo, religioso y pío
que la sagrada Religión respeta
y que arranca la venda al fanatismo.»

(Edición de 1820)

En cuanto a Jacques-Marie Boutet de Monvel (1745-1811), fue actor de la Comédie Française, padre en 1778 de Anne-Françoise-Hippolyte Mars y autor de una veintena de obras dramáticas, traducidas algunas por Bretón de los Herreros y Rodríguez de Arellano. El supuesto original de *La Novicia*, según Cotarelo, tendría que identificarse con *Les Victimes cloîtrées*, estrenada el 29 de marzo de 1791.⁵ Así lo hacen Ada Coe⁶ y Francisco Lafarga.⁷

Por otra parte, como hemos visto en nota 2, Aguilar Piñal adscribe la obra a La Harpe, pero sin identificarla, habiendo tomado sin duda el dato, sin verificarlo, de algún periódico de la época. Según Lafarga (*op. cit.*, p. 76, n.º 138) no hubo más traducción de La Harpe que *El Conde de Warwick* por X. de Ganoa, Barcelona, 1778. Para mayor confusión, Moratín parece dar a entender que *La Novicia* no es obra traducida.⁸

Mi propósito, en las páginas que siguen, va a ser el siguiente:

1.º Demostrar que *La Novicia* no es traducción de Monvel; Carnerero pudo a lo sumo inspirarse, en su subtítulo, del título de *Les Victimes cloîtrées*.

2.º Investigar la noticia transmitida por Aguilar Piñal para intentar identificar el posible original entre las obras de La Harpe.

Citaré siempre la obra de Carnerero por el manuscrito.

Los personajes de Carnerero son los siguientes: el abogado D. Pedro Guevara; su esposa D.ª Eulalia; su hija Matilde, novicia en un convento de Madrid; D. Carlos, militar, pariente de D.ª Eulalia y pretendiente de Matilde; D. Prudencio, eclesiástico. Son mencionados, aunque nunca aparecen en escena, D. Félix, hermano de Matilde, y el marqués de Orcello. *La Novicia* tiene tres actos, y transcurre en un único escenario: el locutorio de un convento indeterminado de Madrid.

D. Pedro desea que su hijo varón triunfe en sociedad y corte, por medio de un matrimonio que lo enlaza a una familia noble, y decide

5. Utilizaré el texto de Monvel según la edición de L. Moland, *Théâtre de la Révolution, ou Choix de pièces de théâtre qui ont fait sensation pendant la période révolutionnaire*, París, Garnier, 1877, pp. 138-213.

6. Obra y pp. cit.

7. *Las traducciones españolas del teatro francés (1700-1835)*. I. *Bibliografía de impresos*, Barcelona, Universidad, 1983, p. 187, n.º 465.

8. *Obras*, BAE, II, Madrid, Atlas, 1944, pp. 333-334 y nota 47.

convertirlo en su único heredero, obligando a profesar a Matilde, que se opone a ello. Sospecha D. Pedro que el abandono por Matilde de su anterior inclinación al claustro se debe a su interés por D. Carlos. D.^a Eulalia se enfrenta a su marido al no aceptar el argumento de que una joven no sea capaz de elegir por sí misma su estado, sin lograr hacerlo desistir de la determinación de sacrificar a Matilde por el bien de su orgulloso e imprudente hermano.

D. Pedro encarga a D. Prudencio que convenza a su hija, pero el eclesiástico, hombre comprensivo y humano, sondea el ánimo de Matilde, quien, si antaño se aficionó a la paz del convento, cambió de opinión al presenciar la muerte de una monja, que en su agonía incitó vivamente a Matilde a librarse de una vida de renunciación e infelicidad a la que obligaron sus padres. Comprende D. Prudencio que la profesión forzada supone la condenación en esta vida y en la otra, y Matilde le confiesa amar a D. Carlos y no ser capaz de pronunciar falsamente los votos. D. Prudencio se pone de su parte y promete ayudarla, y califica ante D. Pedro la profesión de Matilde como opuesta al debido amor paternal y a la ley de Dios. D. Pedro reafirma sus propósitos ante Matilde y la amenaza con maldecirla por su rebeldía. Matilde reniega de su padre y se envenena, mientras su hermano es muerto en duelo por el marqués de Orcello. D. Carlos intenta atravesarse con su espada, pero se lo impide D. Prudencio. D. Pedro reconoce finalmente su error.

El desencadenante de la tragedia es D. Pedro, por su carácter calculador y carente de sentimientos; de hecho, su única pasión es la cólera cuando su autoridad de esposo y padre no es reconocida automáticamente. Los personajes positivos, en cambio, se distinguen por la humanidad, la ternura, la sentimentalidad y la pasión a flor de piel: D.^a Eulalia, D. Carlos y Matilde. Su lenguaje se ajusta a las convenciones del género. Es naturalmente a Matilde a quien corresponde dar el tono mayor en el registro de lo apasionado.

No es necesario indicar que numerosas situaciones dan pábulo en *La Novicia* al despliegue de los recursos de la pantomima y el *tableau*. Carnerero no es dado a las acotaciones prolijas, que la profesionalidad de actores y escenógrafos podía suplir sin el menor problema, tanto como podía ensombrecerse la escenografía. No faltan breves anotaciones referentes a la «precipitación» o la «agitación» de D. Carlos; Matilde llora, se arrodilla ante su padre y deja entrever a menudo sus variados y extremos sentimientos. En II, 6, 34 r. y v. leemos:

«Viéndola medio desmayada, [D. Carlos] va con precipitación a tocar la campana del Locutorio. D. Pedro se lo estorva.»

«Va [Matilde] a levantarse, y, viendo de repente a su Padre, se arroja en los brazos de su Madre...»

La acotación más extensa se produce en III, 9, 46 v. y 47 r. como corresponde al cuidado con que el autor desea que se represente la escena final, donde muere Matilde:

«La escena está dispuesta de manera que azia un lado del teatro se vea a Matilde en un sillón, teniendo a su Madre a la derecha y apoyada en ella, mientras al otro lado la asisten algunas Monjas. Al otro lado del teatro estará D. Pedro, con la actitud del abatimiento más terrible. D. Prudencio estará a corta distancia de D. Pedro; D. Carlos se habrá colocado de modo que venga a quedar en medio del Quadro, para jirar libremente según lo exija la situación y la vehemencia de sus razonamientos.»

La última acotación («Quiere [D. Carlos] atrabesarse con su espada, y D. Prudencio se lo estorba», 48 v.) supone que D. Carlos no llega a consumar el suicidio, en contra de lo que Cotarelo afirma.

Observemos que D.^a Eulalia es un personaje moralmente positivo, ajeno a los propósitos de su esposo y que se le enfrenta por amor a Matilde. Es igualmente positivo el eclesiástico D. Prudencio:

«aquel Pastor reverenciado y digno,
en todo tiempo a socorrer dispuesto
del infortunio el infeliz gemido».

(II, 1, 23 v.)

Llega incluso este último personaje a pronunciar palabras que en *La Novicia* pueden entenderse como un alegato ideológico (II, 4, 27 v.):

«¡Ah! Los santos asilos que consiente
la pura religión en que nacimos
no son, no son los que por tantas veces
pretexto infame del rigor han sido.
De Dios el brazo se alzaré, y los hombres,
de tan ciegos errores combencidos,
vendecirán la mano de un Gobierno
humano, justo, religioso y pío
que la sagrada religión respete
y que arranque la venda al fanatismo.»

Es evidente que nada hay en estos versos que pueda entenderse como una manifestación de anticlericalismo; los leemos en boca de un eclesiástico virtuoso que se lamenta de que móviles mundanos induzcan a padres despóticos a obligar a sus hijos a entrar en el claustro sin vocación, y de que las leyes y poderes públicos lo permitan. Ya hemos visto cómo se modifican en elogio de la política del Trienio. Hay que reconocer, de todos modos, que la palabra «fana-

tismo» podría, sacada de su contexto, ser abusivamente interpretada. Quizás el autor lo quiso así. Con todo, la tesis de *La Novicia* es la condena del prurito de encumbramiento social, de la autoridad paterna despótica y de las profesiones religiosas forzadas, y la defensa de la libre elección de estado y de pareja.

Veamos ahora qué conclusiones obtenemos comparando *La Novicia* con el supuesto original de Boutet de Monvel.

Les Victimes cloîtrées pone en escena a los siguientes personajes: Monsieur y Madame de Saint-Alban; Francheville, hermano de ésta; Eugénie, hija de los Saint-Alban; Dorval, rico negociante y prometido de Eugénie; Picard, criado anciano; el padre Laurent, superior del convento de dominicos y director espiritual de Mme de Saint-Alban; el padre Louis, joven dominico; el padre Anastase, procurador del convento; el padre André, cillerero; el padre Bazile; el padre Ambroise, maestro de novicios. La obra tiene cuatro actos y está escrita en prosa. Los dos primeros actos ocurren en el gabinete de Francheville; el tercero, en una sala del convento; el cuarto, en dos mazmorras contiguas del convento de dominicos y de otro de monjas, que tienen pared medianera.

Francheville regresa a su ciudad, de la que ha sido elegido alcalde, tras una ausencia de muchos meses. Los criados lamentan la suerte de Eugénie, de la que culpan a su madre y al padre Laurent. Madame de Saint-Alban, inducida por su confesor, impidió el enlace entre Eugénie y Dorval, por considerar la clase social de éste incompatible con la nobleza de aquélla (cuando en realidad los Saint-Alban habían comprado recientemente un título). Eugénie fue obligada a entrar en religión; se dice que contrajo una misteriosa enfermedad contagiosa que no le permitía recibir visitas, y murió. Dorval quedó seriamente afectado por los hechos y se retiró al convento de los dominicos con la intención de tomar el hábito una vez transcurrido el noviciado.

El padre Louis, que ha abandonado el convento sin permiso, y que en su día fue obligado a profesar por un padre que quería dotar a sus hermanos, intenta ver a Francheville antes de que Dorval profese, al día siguiente. Éste reconoce que actúa sin vocación y por desesperación. Llega una carta del padre Louis, urgiendo a Francheville a salvar a Dorval, y prometiendo revelar horribles secretos.

El padre Laurent recela del padre Louis; se refiere con odio a Dorval porque Eugénie prefirió el amor de éste al suyo propio. Francheville se introduce en el convento para entrevistarse con el padre Louis, a quien se ha impedido salir. Éste consigue escapar y se encuentra con Dorval, a quien revela que el padre Laurent es culpable del asesinato de Eugénie, a la que intentó seducir en connivencia con la abadesa del convento femenino, donde la joven se hallaba encerrada. El padre Louis propone a Dorval huir juntos del convento, pero Dorval pierde la razón y empieza a alborotar, viéndose obligado el padre Louis a huir solo. Aparecen varios frailes, y Dorval amenaza

al superior, mostrándole una carta de la abadesa que revela su criminal conducta, y que el padre Louis sustrajo aprovechando un incendio que afectó a la celda del padre Laurent. Los frailes reducen a Dorval y lo arrojan a una mazmorra que colinda con la que ocupa Eugénie, aún viva, en el convento vecino.

Dorval encuentra en su prisión una tumba con los restos de un infeliz que, encerrado allí mismo durante veinte años, casi logró, antes de morir, abrir un pasadizo en la mazmorra. Dorval lo termina y derruye el muro que lo separa de Eugénie. Los dos se reconocen y caen el uno en brazos del otro. Francheville, en uso de sus atribuciones de alcalde, guiado por el padre Louis y acompañado de guardias y alguaciles, fuerza la entrada del convento y de la mazmorra de Dorval. Se confirma la aviesa conducta del padre Laurent (su propósito de seducir a Eugénie y su deseo de vengarse de Dorval y apoderarse de su fortuna) y el padre Louis proclama su propósito de secularizarse.

La obra se estrenó, ya se ha dicho, en 1791; corresponde, en efecto, a la nueva situación creada en Francia por la Revolución de 1789. Es frecuente en ella la condena de la estructura y los prejuicios sociales del Antiguo Régimen, y la defensa de las actitudes y los principios democráticos. En I, 9 se nos presenta como consecuencia propia de la hombría de bien de Francheville su camaradería con el criado Picard, y los compañeros de éste comparan a aquél, en II, 1, con el envaramiento de Madame de Saint-Alban, que considera un desdoro que los servidores la reciban con manifestaciones de afecto e interés, en lugar de mantener una respetuosa reserva.

En II, 3, Francheville y Madame de Saint-Alban se enzarzan en una discusión política, cuyo tema es la comparación entre los valores respectivos del cargo de alcalde y de un título de nobleza comprado; lo cual supone, en realidad, la comparación entre dos organizaciones sociales distintas. Francheville se manifiesta orgulloso de haber sido elegido para un cargo en cuyo ejercicio podrá ser útil a sus conciudadanos.

En este contexto de desmitificación de los valores nobiliarios, el ennoblecimiento de los Saint-Alban y la justificación que en él pretendió hallar Mme de Saint-Alban para negar la mano de su hija a Dorval resultan doblemente reprobados, especialmente a la vista de las funestas consecuencias que produjeron, por los criados en I, 2, y por Monsieur de Saint-Alban y Francheville en II, 4.

No termina en ello el contenido ideológico de la obra de Monvel. Sabemos que el convento de los dominicos sufrió un incendio, que permitió al padre Louis apoderarse de la carta de la abadesa al padre Laurent. Madame de Saint-Alban, llevada por su veneración al superior, atribuye la extinción del fuego a un milagro obtenido por el santo varón; su esposo la desengaña.

El supuesto milagro queda reducido a una intervención de los

bomberos. Monvel no se detiene en la crítica de la beatería y la superstición, sino que adopta una actitud inequívocamente anticlerical. El siniestro padre Laurent, lujurioso, ávido de la fortuna de Dorval y asesino, señor de un convento en cuyas mazmorras se sepulta de por vida a todo aquel que se interpone en su camino, corresponde a uno de los más difundidos paradigmas antiheroicos en la literatura gótica. Lo odian y desconfían de él los criados (I, 2), Francheville y Saint-Alban (II, 4) y el padre Louis, quien mejor conoce sus móviles y su conducta (I, 5, 151).

Procedamos a una somera comparación entre *La Novicia* y *Les Victimes cloîtrées*. Son semejantes el afán de ascenso social de Madame de Saint-Alban y de D. Pedro Guevara, y en ambos casos ello es causa de infelicidad para una pareja de enamorados. Sin embargo, el móvil concreto es diferente: aumentar la dote del hijo varón en la obra española, evitar que la hija case con un burgués en la francesa. Existe un común lenguaje patético que procede de un espíritu de época y no presupone influencia directa. En ambos casos se toca el tema de la ilicitud de las profesiones religiosas impuestas. Aquí terminan las semejanzas.

Mayores son las diferencias. No existe traslación textual ninguna. No coinciden ni el número ni el carácter de los personajes. Los papeles de padre y madre están trocados en cuanto a su función en el argumento. Éste es totalmente distinto de una obra a la otra. El caso de Matilde se parece más al del padre Louis que al de Eugénie. El desenlace es infeliz en Carnerero y feliz en Monvel. No hay anticlericalismo en el primero; frente a la turba de eclesiásticos indignos y criminales que presenta el segundo, el único eclesiástico de *La Novicia*, D. Prudencio, es un personaje altamente positivo. Carnerero carece de la carga ideológica de tono democrático que tanta presencia tiene en *Les Victimes*. La escenografía gótica es muy tenue en Carnerero.

Puede afirmarse rotundamente y sin ninguna duda que *La Novicia* no es una traducción, ni siquiera una adaptación, de *Les Victimes cloîtrées*; aunque, como antes he dicho, el subtítulo de la primera pueda proceder del título de la segunda.

Jean-François de La Harpe (1739-1803), además de traducir, con el título de *Barnevel*, el famoso *The London Merchant* de Lillo, y componer un voluminoso *Cours de Littérature*, dio al teatro una docena de obras. En la sección de Raros de la Biblioteca Nacional de Madrid he podido manejarlas y descubrir sin sombra de duda que el original de *La Novicia* es su *Mélanie* (1770).⁹

Los personajes de La Harpe son: Mr. de Faublas, letrado (D. Pedro en Carnerero), Mme de Faublas (D.^a Eulalia), Mélanie (Matilde),

9. *Œuvres de M. De La Harpe, de l'Académie Française...*, vol. I, París, Pissot, MDCCLXXVIII, pp. 67-143. B.N.M. 2/20848.

Monval (D. Carlos) y el Cura (D. Prudencio). El hermano de Mélanie se llama Melcour (D. Félix) y su rival es el marqués d'Orcé (de Orce-llo). La acción se desarrolla en el locutorio de un convento de París.

Carnerero es fiel, en términos generales, a su original, aunque la traducción no es literal: manteniendo el hilo y el carácter y contenido de los parlamentos, y en buena medida el discurso mismo de los personajes, reduce, amplía o refunde a su antojo, y suprime los fragmentos anticlericales cuando aparecen como aserciones razonadas y no como desahogos de la pasión. Así desaparecen en la versión castellana opiniones poco favorables a la vida monástica, denuncias del engaño a que se somete a los que entran en religión, de su posterior desesperación y de la oficiosidad vengativa de los religiosos que quieren atrapar a otros en la trampa en que ellos cayeron. Todo esto singularmente en I, 1 y I, 4. En el capítulo de las amplificaciones destaca la del parlamento final de Monval-D. Carlos en III, 9: los cuatro versos de La Harpe se han convertido en treinta y dos, y la escena ha ganado en impacto patético.

El Cura es el personaje más manipulado por Carnerero, para evitar el escándalo que hubiera producido en España un fiel reflejo del original. En I, 4 se ha moderado su adhesión a Mélanie y su rechazo del proyecto de hacerle tomar el velo. En La Harpe el cura le prohíbe someterse; en Carnerero D. Prudencio propone un aplazamiento. En I, 5 se ha dulcificado la cólera del sacerdote, que invoca el auxilio de Dios para poner coto a la injusticia que se cierne sobre Mélanie, y lo mismo en II, 3. En II, 2 el parlamento del cura ha sido amplificado, de modo que su homólogo D. Prudencio pueda poner bien de manifiesto su ortodoxia religiosa. El enfrentamiento entre el cura y Mr. de Faublas en II, 4 ha sido reelaborado, y condensada y dulcificada la exaltación del primero, que amenaza a Faublas con el anatema, la venganza del cielo y el remordimiento, califica de siniestra y criminal su determinación, y promete acompañar a Mélanie al altar y reiterar allí públicamente su prohibición de pronunciar los votos... Es evidente que Carnerero quiso quitar hierro al asunto convirtiendo a D. Prudencio en un pálido reflejo del original.¹⁰

Sirvan estas páginas para desterrar de los manuales bibliográficos un error tradicional y para un mejor conocimiento del interesante y curioso personaje que fue D. José M.^a de Carnerero.

10. Aunque la manipulación es indudable, calibrarla al milímetro exigiría un cotejo entre la primera y la segunda redacción de *Mélanie*, a lo que La Harpe se refiere en el prefacio (pp. 68-75) al volumen citado.